

optimistas ante la promesa del Espíritu Santo que haría perpetua la Presencia de Jesús en sus corazones. Algunos de ellos miran hacia la Ascensión pero otros contemplan a la Virgen.

El icono de la Ascensión es también un paralelo con la Iglesia: en la parte superior, Nuestro Señor Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, en su centro la imagen es la Madre de Dios, nuestra Protección, y los apóstoles alrededor, los pilares de la Iglesia.

El Concilio de Nicea

Con la asistencia de 318 obispos de Europa, África y Asia, se celebró en Nicea, a mediados del año 325 d.C, el primer Concilio Ecuménico de la Iglesia convocado por el emperador Constantino el Grande, y presidido por Eustacio, obispo de Antioquia. Se destaca en este Concilio la presencia de un grupo numeroso de padres que, por su fe, dieron un ejemplo vivo de vida en Cristo, como son San Nicolás de Mira, San Espiridión de Trimitos, San Macarios de Jerusalén, y el Diácono, en ese entonces, San Atanasio el Grande.

En el primer tercio del siglo IV, el pueblo cristiano se encontraba dividido y confundido por la predicación de un Diácono libio, Arrios de nombre, que rechazaba la divinidad de Cristo, y enseñaba que el Señor era criatura y no creador y, por lo tanto, no era ni eterno ni consubstancial al Padre. Después de vanos intentos de parte del Patriarca de Alejandría de convencerle de su error, su doctrina fue condenada. Arrios fue despojado de sus grados clericales por un concilio local celebrado en Alejandría en el año 321 al que asistieron 100 obispos de Egipto y Libia.

El primer Concilio Ecuménico reunido en Nicea, escuchó la enseñanza de Arrios y la condenó como herética confirmando la fe establecida en el Evangelio y que aún sostiene la

Iglesia: Cristo es verdadero Dios. Con ello, los Padres del Concilio afirmaban en la doctrina de los Santos Apóstoles y consolidaban sus enseñanzas: *“nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la Vida eterna.”* (I Jn 5:20). Sobre esta base el concilio expresó su fe en el Padre y el Hijo dictando la primera parte del Credo, o símbolo de Nicea.

Noticias

Durmió en el Señor S.E. Mons. Pablo Bandali

El Patriarcado de Antioquia anunció con profundo pesar el fallecimiento de S.E.R. Monseñor Pablo Bandali, Arzobispo Metropolitano de Akkar y dependencias (Wadi al Nasarah, Tartous y Safita) el pasado 3 de junio. El oficio de funeral fue presidido por Su Beatitud Ignacio IV, Patriarca de Antioquia, y los miembros del Santo Sínodo en el Líbano y en Siria el pasado día jueves 5. Monseñor Pablo tenía 79 años y era obispo desde hace ya 25 años. Proveniente de una familia profundamente cristiana y dedicada a la Iglesia, se recibió de Profesor de Física para luego dedicar toda su vida al servicio de la Iglesia. Fue Profesor en la Universidad Libanesa y después Ordenado al sacerdocio. Después de su Ordenación estudió teología. Asumió la jurisdicción de su Arzobispado, que se extiende tanto en el Líbano como en Siria, durante tiempos muy difíciles. Por su fisonomía y su humildad produjo un gran renacimiento en su iglesia. Hace ya diez años, el Santo Sínodo le asignó a S.E.R. Monseñor Youhanna Yazigi y a S.E.R. Monseñor Basilio Nasur para ayudarlo respectivamente en el Valle de los Cristianos (Wadi al Nasarah) y las regiones de Safita y de Tartus. Monseñor Siluan presidirá el oficio fúnebre en la Catedral San Jorge este domingo 8 de junio.

Que su memoria sea eterna.



La Voz del Señor

Año VII - Nro 23 - 8 de junio de 2008

Domingo de los Santos Padres
del Ier Concilio Ecuménico

El camino apostólico

para la unión de los herederos

“Padre Santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno como nosotros”

En el domingo que se sitúa entre la Ascensión de Cristo y Pentecostés, la Iglesia celebra la memoria de los Padres del *Primer Concilio Ecuménico* (325 AD) quienes establecieron la primera parte del Credo: *“Creo en un solo Dios...”*. En la lectura del evangelio de hoy, en su oración antes de su Pasión, Jesús pone énfasis en la unidad entre los apóstoles: *“Padre Santo, guarda en tu nombre a estos que has dado, para que sean uno como nosotros”*, previendo en otro lugar las acciones adversarias del diablo: *“Satanás os busca para echaros como trigo”* (Lc 22:31), subrayando la gran prueba del escándalo a que serán sometidos: *“Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas de la manada”* (Mt 26:31).

Es oportuno saber cómo los discípulos reaccionan al pedido de Cristo y su advertencia. De hecho, ellos no prestaron la debida atención. Pedro afirmó de manera arrogante que él lo seguirá: *“no sólo a la prisión, sino a la muerte”* (Lc 22:33). De la misma manera, los otros discípulos afirmaron que preferirían morir en lugar de negarlo (Mt 26:35). En consecuencia, frente a la valentía inmadura de sus discípulos, Cristo puntualizó a Pedro su carencia de fe revelando:

“que no cantará hoy el gallo antes que tres veces hayas negado conocerme” (Lc 22:34). Pero al mismo tiempo, le aseguró su oración a su favor, y le invistió de la misión de reunir a los discípulos después de su caída en la prueba: *“yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos”* (Lc 22:32).

En efecto, los evangelios cuentan cómo los apóstoles, por su inadvertencia y su convicción en sí mismos, huyeron en el momento de la detención de Cristo en el jardín, cómo Pedro negó a Cristo tres veces, y por último, cómo Judas se dejó ser como un peón para los proyectos de Satanás y de los sumos sacerdotes y se ahorcó (Mt 27:5).

Entonces los apóstoles experimentaron lamentablemente la amargura de la división, de la traición y de la negación. Sin embargo, la oración de Jesús a favor de Pedro dio un vuelco a la situación. Pedro se arrepintió profundamente y asumió su rol entre sus hermanos apóstoles después de la Ascensión de Cristo.

Esa experiencia dura, pero exitosa, de la familia apostólica no se apoderó de la Iglesia a través de los conflictos y situaciones que tuvo que enfrentar por sus debilidades, sino la fortaleció en el poder de la oración de Cristo y de su amor hacia nosotros. Si la familia apostólica conoció la división y después la unión, ¡Cuanto más nosotros también! Es cierto que la función más difícil en la Iglesia es lograr la unión. Por lo tanto, la historia de la Iglesia afirma cómo los Padres de la Iglesia que festejamos hoy, defendieron la unión de la fe, estableciendo la paz en la Iglesia y recomendando el ejercicio del amor.

A través de una visión histórica, nos vemos también siguiendo el mismo camino frente a nuestra realidad. En efecto, los Santos Padres nos transmitieron la rectitud de la fe y de la tradición eclesial verdadera por nuestros antepasados y abuelos quienes tuvieron esa semilla como herencia capital. Ellos invirtieron esa herencia en una obra maravillosa, la de la construcción de las

iglesias, como especialmente aquí en Argentina. Demostraron no solamente la unión en la fe con los Santos Padres sino también entre ellos, por el sacrificio, la privación y la voluntad para construir su Iglesia como espacio concreto de su unión y de su fe.

Nosotros somos herederos suyos y nos preocupamos como permanecer unidos con ellos, con los Santos Padres y también con nuestros antepasados. En ese sentido, nuestra esperanza es grande por tener sus bases en la oración y la recomendación de Cristo de unirnos. Ella se logra naturalmente, por una parte, guardando la fe que nos enseñaron y transmitieron, y por otra parte, participando de la iglesia que construyeron y nosotros tenemos la misión de sustentarla con nuestro esfuerzo continuo. Es un compromiso que vivimos en la divina liturgia donde recibimos la paz de Dios, vivimos su amor y concretizamos nuestra unión, como así también nos expresamos a través de una actitud de buena voluntad colaborando en las instituciones y las comisiones de la Iglesia. Nuestro compromiso refleja nuestra responsabilidad y nuestra preocupación, y ese accionar nos unen también con todos aquellos que nos precedieron. Por eso, no podemos excusarnos de ese honor, tampoco dejarlo de lado o a otros. Es un compromiso que nos lleva a la alegría que Jesús prometió en la continuidad de su oración para la unidad, cuando dijo: *“hablo éstas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos”*.

Ojala sigamos la recomendación de nuestro Señor para la unidad y disfrutemos pues de la alegría que reserva a aquellos que luchan para mantenerla. Amén.

+ Metropolitano Siluan

Tropario de la Resurrección (Tono 6)

“Los poderes celestiales aparecieron sobre tu sepulcro y los guardias quedaron como muertos. María se plantó en el sepulcro buscando Tu

cuerpo purísimo. Sometiste al Hades sin ser tentado por él y encontraste a la Virgen otorgándole la vida. ¡Oh Resucitado de entre los muertos, Señor, gloria a ti!”.

Tropario de la Ascensión (Tono 4)

“Ascendiste en gloria, oh Cristo nuestro Dios, y alegraste a tus discípulos con la promesa del Espíritu Santo, y por la bendición otorgada creyeron que Tu eres el Hijo de Dios, el Salvador de nuestras almas”.

Tropario de los Padres (Tono 8)

“Bendito eres Tú, Cristo nuestro Dios, Que estableciste a nuestro Santos Padres, como luminosos astros sobre la tierra; y por medio de ellos nos guiaste hacia la verdadera fe, ¡Oh Misericordiosísimo, gloria a Ti!”.

Kontakión de Ascensión (Tono 6)

“Habiendo cumplido la disposición para con nosotros y reunido los terrenales con los celestiales; ascendiste en gloria, Cristo Dios nuestro, sin alejarte, más bien firme y sin separación, exclamaste a Tus amados: “Estoy con vosotros y nadie prevalecerá contra vosotros”.

Lectura de los Hechos de los Apóstoles
(20:16-18, 28-36)

En aquel tiempo, Pablo había resuelto pasar de largo por Éfeso, para no perder tiempo en Asia. Se daba prisa, porque quería estar, si le era posible, el día de Pentecostés en Jerusalén. Desde Mileto envió a llamar a los presbíteros de la Iglesia de Éfeso. Cuando llegaron donde él, les dijo: *“Vosotros sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde el primer día que entré en Asia, tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también*

que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilad y acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros. Ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados. Yo de nadie codicié plata, oro o vestidos. Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir.” Dicho esto se puso de rodillas y oro con todos ellos.

Santo Evangelio según San Juan (17:1-13)

Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: *“Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha*

perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada”.

El Icono de la Ascensión del Señor

Cuarenta días después de la Resurrección celebramos la fiesta de la Ascensión del Señor. Esta fiesta cierra el tiempo de celebración por la resurrección de Cristo y también nos prepara a la venida del Espíritu Santo. Cristo, después de su Resurrección se manifestó varias veces a los discípulos, a las Miróforas, a más de quinientas personas como nos cuenta San Pablo, y a muchos otros confirmando su Resurrección. Cuarenta días después, ascendió a los cielos. Este acontecimiento, que festejamos el jueves pasado, lo conservó San Lucas en su Evangelio: *“mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo.”* (Lc 24:51).

El icono de la Ascensión nos muestra este pasaje evangélico: Cristo asciende al cielo rodeado de un halo de Luz que expresa su divina Gloria, pero la vestimenta que lleva puesta parece igual a la de los apóstoles. Esto es para expresar que, con su ascensión ha elevado con Él la naturaleza humana. La Ascensión del Señor no es un traslado de lugar (de la tierra al cielo) sino que significa la salida del espacio de lo creado y el ingreso en lo divino, lo eterno. Cristo, elevó nuestra naturaleza humana a donde nunca había estado.

La Virgen en el medio del icono eleva sus manos orando en silencio; ella representa a la Iglesia, ya que su seno se llevó a cabo la unión entre lo humano y lo divino, así como la Iglesia es.

Los dos ángeles vestidos de blanco dicen a los apóstoles: *“¿Qué hacéis ahí mirando al cielo? Éste que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo.”* (Hch 1:11)

Los apóstolos, con su vital movimiento, expresan el gozo de recibir la bendición del Hijo de Dios; tristes por separarse de Él, pero